

anécdota de aquellos esclavos ingleses, hermosos como ángeles, *Angli sicut Angeli*, que vió una vez expuestos en el mercado de Roma y encendieron en su alma los deseos de convertir á los habitantes de la Isla remota de donde venían. Emprendió, en efecto, el viaje, aunque le obligaron á las pocas jornadas á regresar á Roma. Pero lo que no pudo verificar como monje, llevó á cabo apenas fué Papa, y ¡con qué éxito, Dios mío! La falange de monjes de su orden que envió acaudillada por Agustín, en pocos años convirtió á Reyes y Príncipes y á millares de ingleses de todas categorías, fundó sedes episcopales, edificó templos y monasterios y dejó la iglesia tan sólidamente cimentada, que no bastaron á desarraigarla siglos de persecuciones, después del cisma de Enrique VIII.

A ese Agustín es al que dirige la carta, y en la forma de diálogo que tanto parece agradar á Gregorio, poniendo una tras otra las consultas del Obispo y dando luego las respuestas pontificias. Allí se trata de la distribución de los bienes eclesiásticos, del gobierno de los Prelados, del celibato del clero, de los impedimentos matrimoniales, y aun de casos íntimos de conciencia. Todos los puntos estudia y expone el Pontífice con la paciencia de un maestro de novicios, y todas las dudas resuelve con la erudición de Doctor.

En la voluminosa colección, además de las cartas escritas á los diversos Emperadores, bajo cuyo reinado vivió, lo cual era muy natural en el más alto dignatario del Imperio, hallamos otras muchas dirigidas á Re-

caredo, Rey visigodo en España; á Teodolinda y Agilulfo, reyes Longobardos en Italia; á Berta y Etelberto, monarcas en Inglaterra, y á otros soberanos y gobernantes, en que se oye hablar no sólo al Jefe de la Iglesia, sino al Príncipe temporal. No sólo, sino que independientemente, y aun á despecho de los Emperadores de Constantinopla, impotentes para prestar auxilios materiales, concluye una paz con los Longobardos, que ahorra muchos padecimientos á Roma y á una gran parte del territorio italiano. Es que ya empezaba á formarse esa soberanía civil, que hemos visto llegar á su apogeo en los últimos siglos, y que tanto ha servido al Papado. Es que la potestad temporal, congénita y contenida en el poder espiritual de los Romanos Pontífices, no puede menos que difundir sus rayos, por más que se la quiera encerrar en estrechos límites, porque es independiente de la extensión mayor ó menor de terreno en que ejerza directamente su benéfico influjo.

Si en las epístolas se retrata Gregorio como Papa, como Soberano, como Administrador, en sus homilias nos traza su propia historia como sacerdote y como Apóstol. Son bien conocidas de los sacerdotes que me escuchan. En el Breviario Romano, recitamos diariamente trozos elocuentes del Crisóstomo y de San León, párrafos profundos de San Ambrosio y de San Agustín; pero las homilias que más se nos graban en la memoria, que más familiares se vuelven, que repetimos aun en la conversación, y aplicándolas á guisa de proverbios á diversos asuntos, son las de San Gregorio.

Contribuye mucho su estilo llano y su fácil latinidad, que es la que se hablaba en la época de transición en que vivió; pero fuera de estos motivos, tienen un encanto particular y una especie de magia que nos cautiva.

Pero si el texto nos es familiar, no lo es, por cierto, la historia de cada una, ni nos detenemos de ordinario á averiguar dónde y cuándo fueron pronunciadas. Pues bien, casi no hay Iglesia de Roma, en que no resonara su voz majestuosa. Desde la Basílica Vaticana hasta las de Santa Inés y San Lorenzo extramuros, todas las recorría una tras otra el augusto Pontífice, y descendía hasta las profundidades de las Catacumbas. En la Basílica de Santa Domitila, recién descubierta en las entrañas de la tierra, pronunció la famosa homilía en honor de los mártires Nereo y Aquileo. Y notad que el predicador que tanto andaba, y tan asiduamente trabajaba, era un hombre débil y enfermizo, que desde joven padeció diversas dolencias, que se hallaba en cama en Constantinopla, cuando convertido por él, pasó á mejor vida el Patriarca Eutiquio, de quien hemos hablado; que desde angosto lecho, que aún se conserva, modulaba los salmos y enseñaba el canto que lleva su nombre; y que en los últimos años de su pontificado, afligido tenazmente de la gota, apenas podía dejar la cama tres horas al día. Si tanto trabajo mental y corporal, en medio de tantas enfermedades, no es un milagro, en vano será buscar prodigios.

Otros muchos milagros obró. Algunos están consignados en la historia de su vida; otros, estoy seguro

que hizo su humildad que quedaran en el olvido. Me infunde esta seguridad su libro de los Diálogos, ó sea anécdotas de los Santos, escrito para complacer á sus familiares, en una época en que la convalecencia de penosa enfermedad lo condenó á comparativo descanso. Se le ha censurado por haber admitido en sus narraciones y consignado sin examen crítico, muchos milagros y leyendas piadosas atribuidas á los Santos. Pues bien, si él mismo no hubiera sido agraciado por Dios con el dón, común á otros bienaventurados, de hacer frecuentes prodigios, decidme francamente: ¿lo hubiera creído posible en los demás? ¿Había de ser el gran Pontífice una excepción á todos los hombres, que miden al prójimo por su propio cartabón?

Sesenta y cuatro años duró la vida, poco más de trece el Pontificado del varón justo, cuyo milésimo tercentésimo aniversario celebramos hoy día. El 12 de Marzo de 604 voló al cielo su alma bendita; pero su espíritu permaneció animando á la tierra, y él sopla entre nosotros y nos congrega en este recinto. Detengámonos todavía unos momentos á contemplar su influencia, aun en esta remota parte del mundo.

III

Era mi deber y mi propósito llamar vuestra atención, más que á la vida del magno Gregorio, á la obra grandiosa que dejó consumada, y que habiendo perseverado mil trescientos años, aún está viva y se deja sentir, cual si hubiera sido el día de ayer el de su glorioso tránsito. Pero he aquí que ha llegado á mis noticias que su grande admirador y sucesor en la silla de Pedro, Pío X, está preparando este gran trabajo, y debo, por consiguiente, enmudecer. Me limitaré, por tanto, á hablaros de algunas coincidencias entre su época y la nuestra, y de ciertas prácticas que observa la Iglesia, y guardamos nosotros, y que tuvieron por autor á Gregorio Magno.

Su elección al Supremo Pontificado fué singular. Abuso ó no, existía la costumbre de que el Emperador diera su consentimiento á la elección que hacían el clero y el pueblo romano, y sin este requisito no podía ejercer el designado sus altas funciones. Gregorio, que no aspiraba más que á la soledad; Gregorio, que en medio de las grandezas á que desde la cuna estaba acostumbrado, era humilde sin afectación, pensó substraerse á los honores del Papado, escribiendo al César

que pusiese el *veto* á su nombramiento. ¡Vano empeño! Lejos de acceder á sus deseos, lo obligó á aceptar, y el Espíritu Santo ratificó el fallo de la potestad seglar, haciendo salir milagrosamente al fugitivo candidato del antro en que se había escondido.

Frescos están en vuestra memoria los incidentes que precedieron á la elección del actual Pontífice. También Pío X aceptó la tiara contra su voluntad; también el *veto* de un Emperador hizo que en su santa persona se fijaran los augustos electores, y el Espíritu Paráclito no desdeñó confirmar un nombramiento iniciado bajo muy diversos auspicios. ¿No podemos decir que el espíritu de Gregorio Magno dejó sentir su soplo al empezar el actual pontificado?

Conocido es el amor de Gregorio por el decoro de la casa de Dios. *Domine, dilexi decorem domus tuae*. La repetición del *Kyrie eleyson* en la Misa, la supresión del *Aleluya* en la Cuaresma, muchas de las frases que repetimos diariamente en el Canon, gran parte de las oraciones que recitamos en los sagrados oficios, á Gregorio se deben; pero lo reconoce por padre, sobre todo el canto eclesiástico que lleva su nombre, de que él fué el ordenador, que dejó consignado en notas impercederas, y que se deleitaba él mismo en enseñar. Cuéntase que al dar sus lecciones, esgrimía sin misericordia la disciplina, amenazando á veces, y á veces azotando á los que tenían la desgracia de desentonar. Pocos meses lleva de reinado Pío X, y ya ha restaurado en todo el Orbe Católico, mucho más vasto ahora que

en tiempo de aquel Pontífice, el canto litúrgico, fustigando sin piedad, no á los que emiten notas inármonicas, sino por el contrario, á los que en la Iglesia de Dios ensayan melodías demasiado muelles para el Santuario. ¡Oh Magno Gregorio: en esto también siento á tu espíritu soplando en este siglo remoto!

Cuando Gregorio envió á Agustín con su falange de Benedictinos á predicar la fe en Inglaterra, no era la primera vez que brillaba la cruz en aquellas lejanas islas. Pero la religión se había, si no perdido del todo, sí ofuscado, y el Papa mandó á sus monjes sin consultar á ninguno de los siete Reyes que imperaban en la *Sajonia transmarina*, y les dió la misión de predicar, de predicar sin tregua, de predicar y restaurar todo en Jesucristo. También en esto lo ha imitado Pío X en los comienzos de su reinado. Quiera el cielo que sus esfuerzos se vean coronados en la *Sajonia transatlántica* del siglo XX, con éxito tan brillante como lo fueron en la del siglo VI.

Calamitosa fué, en verdad, aquella época para la Italia en que nació Gregorio. El Imperio se desmoronaba, y los Vándalos, los Hunos, los Godos, los Longobardos, se iban estableciendo sobre las ruinas que ellos mismos amontonaban. Con la guerra venían sus inseparables compañeros, el hambre y la peste; y el infierno, siempre insaciable, añadió un nuevo diluvio, que hizo recrudescer la terrible plaga. Es cierto que los bárbaros del Norte, anticipándose inconscientemente á los adelantos de nuestro siglo, quemaban ciudades enteras,

despoblaban inmensos territorios y prevenían los estragos de la enfermedad, obligando á perecer de hambre ó pasando á cuchillo á los desdichados que de otra manera habían caído víctimas de la epidemia. Pero ni entonces ni ahora han sido eficaces estos medios de desinfección, cuando el cielo se muestra airado contra los pecadores. El único recurso es desenojar al Señor con fervorosas oraciones y penitencias, sin miedo, sin respeto humano, sin pusilanimidad.

Tal fué lo que hizo San Gregorio. Ordenó solemnes procesiones que recorrían las calles de Roma y visitaban sus Basílicas, cantando las letanías que compuso al efecto. La peste era tan violenta, que estornudando y sin más aviso, morían los atacados, y en la marcha de la primera procesión, cayeron nada menos que ochenta víctimas. Pero como buenos soldados, prosiguieron los demás su piadosa campaña, hasta que el Angel exterminador apareció en los aires envainando su espada y haciendo desaparecer la mortandad. Su imagen se ve todavía esculpida sobre el mausoleo de Adriano, convertido en fortaleza, y que desde entonces se apellidó *Castillo del Santo Angel*. Las letanías Gregorianas son las que periódicamente se repiten en todo el Orbe. La piadosa costumbre de decir al que estornuda: *Jesús te ayude*, y de que éste se persigne con presteza, fué establecida por el Pontífice San Gregorio, con motivo de esta peste tan mortífera.

No quiero terminar sin hablaros de la íntima conexión que liga á la Iglesia de Méjico con San Gregorio

Magno, á pesar de haber éste florecido nueve siglos antes del descubrimiento de América. Os he narrado la estrecha amistad que en Constantinopla lo unió con San Leandro de Sevilla. Sublimado á la Cátedra de Pedro, le siguió dispensando su amistad y lo colmó de favores. Le dedicó sus comentarios sobre Job, le remitió su *Regula Pastoralis*, y juntamente con tan bellos libros, le regaló una imagen de la Virgen Santísima, ya célebre en Roma, y que en España se hizo todavía más renombrada por su culto y milagros.

Durante la dominación musulmana, fué preciso ocultarla, como tantas otras imágenes. Prodigiosamente descubierta después de la reconquista, fué colocada en precioso santuario, situado en Extremadura, en territorio purificado, sí, de las profanaciones mahometanas, pero que conservó su nombre arábigo de *Guadalupe*.

Al escoger María por sí misma el Santuario en que debía reinar en México, los conquistadores extremeños dieron este nombre, que les recordaba su nativo suelo, á la divina imagen que dispensa sus favores en el cerro del Tepeyac. Las reglas de etimología no bastan á explicar este cambio de nombre. Ni el sonido de las palabras aztecas se le asemeja á tal grado que pueda decirse el uno mera corrupción ó transformación del otro, ni es fácil entender por qué á un monte se le da el nombre de un valle ó de un río, como suena en árabe Guadalupe. No: es el espíritu de San Gregorio que sopla de un modo especial en los valles y montes de Méjico. Al cielo debemos la protección de la Virgen Madre; á San

Gregorio Magno la advocación de nuestra augusta patrona.

He terminado mi inconexa homilía; pero no puede ser éste el fin de mi discurso. En la fiesta de San Gregorio Magno fué cuando Pío IX se dignó consagrarme con sus propias manos en el orden episcopal, y es justo que le dirija un recuerdo de gratitud y de amor.

La Iglesia manda que todos los años celebre cada diócesi el día aniversario de la consagración de su obispo. Así lo hemos practicado, como era nuestro deber; pero cuando los años de episcopado se van sucediendo unos á otros y multiplicándose más de lo ordinario, es imposible que todos se solemnicen con igual fausto é idéntica alegría. Señálanse, por tanto, el vigésimo quinto, *jubileo de plata*, y el quincuagésimo, ó *bodas de oro*, que á muy pocos es dado alcanzar. Término medio entre uno y otro es el año trigésimo tercero, que equivale á la tercera parte de un siglo, por decirlo así, y constituye la edad varonil, la edad perfecta en la prelación; esto y la coincidencia con el centenario de San Gregorio, es lo que me ha movido á celebrar esta fiesta con más esplendor que lo acostumbrado.

¡Treinta y tres años de episcopado, Dios mío! ¡Cuántas ocasiones de predicar el bien has puesto en mis manos, y cuántos medios de acumular tesoros para la vida eterna!

Aunque de muchas gracias he descuidado aprovecharme, aunque muchos de tus dones he convertido en tropiezos, son tantos los favores de que me has colma-

do, y de que te has dignado hacerme dispensador, que la esperanza anima mi pecho y sobrepuja á los temores que de cuando en cuando me asaltan sobre mi eterna salvación. Esta confianza es tanto más grande, cuanto te has servido sazonar tus beneficios con la amarga salsa de la tribulación, de las penas, de las humillaciones, de los peligros, de los oprobios. Pero en medio de las contrariedades no has permitido que se abata mi espíritu ni se doblegue mi cuerpo, y aquí me tienes, Señor, después de treinta y tres años de infatigable actividad, todavía activo, todavía vigoroso, y dispuesto, si Te place, á librar tus sagradas batallas, como en los días de mi juventud. Hágase en mí, Señor, tu santísima voluntad. A falta de méritos, pongo por intercesores ante tu excelsa Majestad, á mi glorioso patrono San Gregorio Magno, á mi augusto Consagrante, el Pontífice de tu Inmaculada Madre. Que ellos te transmitan á mi nombre la súplica que en otro tiempo te dirigiera San Martín: Si mis servicios son útiles aún al pueblo que me has encomendado, no me asusta la fatiga, no aspiro al descanso, no pretendo substraerme al trabajo: *si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem.*



PANEGÍRICO

DE SAN BENITO ABAD, PRONUNCIADO EN LA IGLESIA
DE SAN JUAN DE DIOS, DE MÉJICO,
EL 21 DE MARZO DE 1904.